

Capítulo V
Consideraciones finales

Consideraciones finales

Si bien la migración es ya un fenómeno de dimensión nacional en México y en Estados Unidos, lo cierto es que sobre el territorio coexisten realidades migratorias que pueden ser diferenciadas. Así, cada uno de los países puede ser objeto de recortes múltiples —regionales, subregionales o estatales— articulando los límites político-administrativos y la geografía con las características de sus procesos migratorios. En este caso, las regionalizaciones adoptadas para el análisis del fenómeno asocian la geografía con la antigüedad y dinámica de los procesos migratorios.

En términos generales, el análisis de los procesos actuales de la migración de mexicanos a Estados Unidos revela características distintivas respecto a periodos precedentes. Son diversos los rasgos que permiten hablar de una nueva era de la migración mexicana: la dimensión alcanzada por el fenómeno, su extensión territorial en ambos países, el marcado desgaste de la circularidad y el carácter cada vez más permanente y familiar de la migración, el estatus irregular de los migrantes, el amplio espectro de los grupos sociales que se suman ahora a los flujos, la mayor diversidad ocupacional en el mercado laboral estadounidense y la consolidación de una comunidad mexicana estructurada a través de hogares familiares de nacionalidad mixta.

El nuevo patrón de la migración mexicana a Estados Unidos se vincula con ciertos cambios contextuales de prominencia, tales como las sucesivas crisis económicas registradas en México, la reestructuración de su modelo económico, las transformaciones en la estructura económica estadounidense, las contingencias deparadas por la unilateralidad de las diversas políticas migratorias norteamericanas, el impacto de los tratados comerciales y un contexto general de creciente globalización.

Una de las transformaciones más significativas de la migración mexicana contemporánea, se expresa en la emergencia de nuevas regiones de origen que despliegan sus flujos en un contexto cada vez más restrictivo, definido por la política migratoria estadounidense. Si bien la región Tradicional mantiene su rol protagónico en la dinámica migratoria, destaca el papel que está desempeñando la región Central y el acelerado proceso de incorporación al fenómeno de población procedente de la región Sur-Sureste, particularmente de los estados de Veracruz, Oaxaca y Guerrero. Estas regiones contribuyen a explicar el incremento acelerado de la migración indocumentada y del tráfico ilícito de personas, así como la emergencia de nuevas regiones de destino en Estados Unidos.

Los procesos de reestructuración económica en Estados Unidos han generado una fuerte atracción de trabajadores migrantes a escala nacional. La elevada proporción de mexicanos que se encuentra laborando en el vecino país pone de manifiesto el conflicto subsistente entre un sistema económico que demanda e incorpora esa mano de obra y una política migratoria que restringe su ingreso al país y su contratación en el mercado de trabajo.

En este contexto, el proceso migratorio mexicano ha derivado en un escenario que exhibe crecientes tendencias indeseables. Destacan entre otras la consolidación de redes de tráfico ilícito de personas y el carácter indocumentado de los flujos migratorios, así como el aumento de los riesgos en la internación al territorio norteamericano —en la que las numerosas muertes de connacionales constituyen la expresión más dramática—.

En estrecha relación con el refuerzo del control fronterizo se ha configurado un patrón migratorio más permanente. Ante los enormes costos y riesgos incurridos para ingresar a Estados Unidos, es lógico que los migrantes que lo logren tiendan a reducir los viajes a México y a optar por prolongar su estancia en el país vecino. Cabe subrayar que estos dos rasgos —indocumentación y tendencia a una migración más permanente—, parecen ser más evidentes entre los migrantes procedentes de las nuevas regiones migratorias, sobretodo los de la región Sur-Sureste, los cuales parecen exhibir una mayor propensión a “saltar” los circuitos de la migración circular; es decir, se trata de migrantes que se incorporan a la dinámica migratoria en una condición de mayor vulnerabilidad y, en buena medida por ello, con una intención más “definitiva”.

El elevado grado de indocumentación de los migrantes mexicanos conlleva también altos costos en lo referente a los procesos de su integración a la sociedad estadounidense. Por un lado, el carácter indocumentado de los trabajadores mexicanos contribuye a su concentración en la base de la pirámide ocupacional y los convierte en objetos fáciles de explotación, estigmatización y marginación. Por otro lado, el estatus irregular de un creciente contingente de mexicanos contribuye a generar un clima social hostil a la migración mexicana, al retroalimentar la percepción (en distintos sectores de la sociedad estadounidense) de que la migración procedente de México constituye una cuestión extremadamente difícil de controlar. Ante este escenario, no resulta difícil estimar los eventuales costos sociales y políticos cuando se proyecta la posible reproducción de estas problemáticas a las generaciones futuras de los migrantes; esto es, la inadecuada integración de sus descendientes, con el consecuente agravamiento de las tensiones y conflictos sociales entre los migrantes, la comunidad mexicano-americana y las poblaciones nativas.

Es evidente que en contraste con la importancia que el gobierno estadounidense ha otorgado a las políticas de control migratorio, la atención conferida a las políticas de integración de los inmigrantes ha sido bastante restringida, asistiéndose incluso, en los últimos años, a la imposición de nuevos obstáculos en términos de derechos y beneficios. Las políticas restrictivas, que por esta vía buscan desalentar la migración, no sólo no están siendo efectivas, dado el incremento de los flujos, sino que han contribuido a que se agudicen las condiciones de desventaja de la población mexicana —sobre todo la indocumentada—, y las de su descendencia, mayoritariamente norteamericana.

Las grandes disparidades económicas entre ambos países y el elevado grado de madurez alcanzado por el fenómeno permiten avizorar la persistencia de los flujos migratorios desde México. El avance alcanzado en la transición demográfica permite anticipar que el crecimiento de la población en edad laboral podría comenzar a ceder a mediados de la segunda década del siglo XXI, lo que puede contribuir a la reducción de las presiones migratorias.

Sin embargo, resulta ineludible que, para enfrentar las causas de la migración, México promueva el desarrollo en todas las regiones del país, que la economía sea capaz de crear las oportunidades que demanda su creciente fuerza de trabajo y que avance hacia la convergencia económica con Estados Unidos.

No obstante, es importante reconocer que el impacto del desarrollo sobre el fenómeno migratorio será lento, por lo que, en un horizonte de corto y mediano plazos, se hace indispensable el diseño y la instrumentación de políticas dirigidas a administrar adecuadamente los flujos migratorios, que permitan una conciliación reglamentada entre la demanda y la oferta laboral, bajo la asunción de las responsabilidades que este proceso implique a cada nación.

